

Parte XVI

LA SUCESIÓN DEL RÉGIMEN

El susto debió ser de órdago. De pronto, el ex presidente de la Junta, José Rodríguez de la Borbolla, comenzó a sangrar por la nariz. No había manera humana de cortar aquella hemorragia que manaba a borbotones. Con gran alarma, hubo que requerir urgentemente a los servicios sanitarios que finalmente lograron taponar aquella sangría nasal que no tenía acabose. Durante la intervención, la joven médico no había dejado de contemplarlo con mirada interrogante, como si se devanara los sesos con alguna cavilación sin respuesta. Tanto que se sintió en la obligación de comentarle al ilustre enfermo: «Perdóneme, pero llevo desde que llegué dándole vueltas a la cabeza y su cara me suena una barbaridad». Borbolla, algo confuso aún, debió esbozar una sonrisa cosquilleante y mostrar esa predisposición de famoso en demanda de ser reconocido, como dijo en alguna ocasión y con algo de mala uva el escritor Vázquez Montalbán.

Tras oírla repetir una y otra vez el remoquete de «su cara me suena», sin atinar ni a la de tres con el nombre del ilustre convaleciente, la mujer de Borbolla no pudo contenerse más y terció en la conversación espetándole: «Joder, chiquilla, cómo no te va a resultar familiar su cara, si Pepe ha sido presidente de la Junta de Andalucía». Pero lo que Gracia Sánchez Caballos no esperaba en modo alguno fue el jarro de agua fría que le cayó encima cuando la animosa galeno, con cara de perplejidad, le soltó: «¡Ah! ¿Pero es que antes de Chaves hubo otro presidente?». Pues, sí, efectiva-

mente, existieron tres: Plácido Fernández-Viagas (1978-1979), Rafael Escuredo (1979-1985) y José Rodríguez de la Borbolla (1985-1990), quien al escucharla debió sufrir con el chasco un bajón de autoestima casi tan perturbador como la hemorragia que le había obligado a confiarse a esa joven doctora del SAS que daba por hecho que la historia autonómica de Andalucía había nacido con Chaves, su gran usufructuario actual.

La anécdota, con los alamares que luego cada uno pueda colgarle a la hora de adornarla para ser contada, circula entre algunos notables socialistas que bromean sobre la perennidad en el poder de quien fuera un «candidato a palos» en 1990. Pero raudamente le niegan rango de categoría al chascarrillo no vaya a llegar al oído del interfecto y piense que están alimentando un movimiento para removerlo del sillón en el que lleva cómodamente apoltronado desde 1990. Mucho más cuando ha dicho que piensa presentarse a la reelección por séptima vez en las autonómicas de 2012, según se precipitó a autoproclamarse nada más ser reelegido hace cuatro meses. Seguro que así Chaves pretendía cerrar cualquier tipo de especulación, al tiempo que se replegaba reforzándose con dos vicepresidentes de la vieja guardia —Gaspar Zarrías, El Pequeño Gran Conspirador, y José Antonio Griñán, El Pacificador de las Cajas—, de manera que el PSOE no se convirtiera en un avispero en el que sus órdenes no fueron acatadas con la celeridad y el celo requeridos, y en el que sus militantes anduvieran más pendientes de garantizarse un futuro que ya no correspondería dictar a Chaves y entretenidos en las mil y una especulaciones que inevitablemente desata un proceso de esa naturaleza. Todo ello sería inevitable aunque se hiciera en un clima de conformidad que evitara enfrentamientos fratricidas como los que concluyeron con la defenestración de Borbolla, abriéndole el portillo de vuelta a la política andaluza a Chaves.

En cualquier caso, la sucesión dependerá, en última instancia, de cuáles sean los planes de Zapatero a medida que se aproximen las elecciones y si se agudiza el apreciable desgaste que Chaves ya apuntó en marzo pasado. En aquellas elecciones conjuntas, el presidente de la Junta obtuvo 140.000 votos por debajo de

los de Zapatero, permitiendo que Arenas ganara diez escaños e Izquierda Unida mantuviera incólumes seis, pese al desastre que pronosticaban las encuestas y los desoladores resultados que obtuvo en toda España —incluida Andalucía— en las generales de aquel mismo domingo. Sin duda, puede jugársela lo mismo que a Rodríguez Ibarra cuando el presidente extremeño acudió a La Moncloa a anunciarle con la boca chica que se retiraba. Confiaba en que, al menos, y aunque sólo fuera de cumplido, le diría que se lo pensara, pero ni por asomo, sino que, en vez de ello, Zapatero le cogió la palabra al vuelo. Tras agradecerle los servicios prestados —como hizo con Francisco Vázquez y con Bono, a los que luego recuperaría como embajador vaticano y como presidente del Congreso—, le dijo que descansara y se repusiera del percance de salud que le había llevado a reflexionar sobre su ritmo de vida.

Ni que decir tiene que, tras ser refrendando en las urnas por segunda ocasión, Zapatero se desembarazó de la tutela de los barones y puede removerlos a conveniencia, como hizo con Maragall, tras prestarle unos votos que serían fundamentales para destrozarse los pronósticos y ser elegido por sorpresa secretario general del PSOE. Llegada esa tesitura, si la aritmética electoral permite acometer la operación y sus gurús demoscópicos le aconsejan dar el paso, Zapatero llevará al ánimo de Chaves, expuesto en el sitio de honor de presidente federal del PSOE, hacer una transición pacífica hacia la sucesión. Entonces, cedería la presidencia a un candidato más joven que capitalizara los éxitos de gestión y se despojara de lo peor de la rémora socialista, sellando con silicona un ciclo político de cuarto de siglo personalizado por Chaves. Pese a las enormes dificultades que una maniobra de este tipo podía producir en Cataluña, con la complicación añadida de que el PSC gobernaba en tripartito con independentistas y que un «maqueto» como Montilla sustituía a un apellido de gran prosopopeya nacionalista como Maragall, Zapatero dio una gran zancada y produjo el relevo que muchos le desaconsejaban, rompiendo con muchos de los tabúes que se han hecho comunes a

base de repetirlos como si fuera verdades absolutas a la hora de analizar la situación política en Cataluña.

Si acometiera esos planes en Andalucía y que ahora no dejan de ser poco más que estrategias escritas en servilletas de papel de reuniones de cafetería, pero que pueden acabar en planes encriptados de ordenador personal, ello pondría al candidato del PP, Javier Arenas, en el brete de pasar a ser el representante del pasado, en vez de serlo Chaves, a quien ahora tiene al alcance, obteniendo mayoría absoluta con arrebatarse un escaño por provincia en las elecciones de 2012. De momento, tras renunciar a volver a ser secretario general del PP, como le había pedido reiterada y reiterativamente Rajoy, Arenas ha logrado algo que es fundamental si es que quiere llegar a ser presidente de la Junta: acabar con la invisibilidad de Chaves para que se vaya retratando en sus incumplimientos y abusos.

Gracias a su imperceptibilidad, fruto sin duda también de la inoperancia de la oposición, ha podido eludir todas sus responsabilidades en los grandes problemas andaluces, más allá de momentos puntuales en los que se ha visto comprometido gravemente por revelaciones periodistas de gran calado. Tras treinta años de autonomía y dieciocho años de presidente, Chaves sigue siendo desconocido por una gran parte de los andaluces que, a la hora de reclamar la solución de sus quejas, siguen trasladándoselas a alcaldes y ministros, por más que esas competencias sean responsabilidad de la Junta desde hace lustros. Como si fuera presidente de la «Gran Diputación de Andalucía», sólo acude a inauguraciones o a anunciar inversiones, mientras se sacude las pulgas en las autoridades locales, aunque sean de su exclusiva incumbencia. Pero, por encima de ello, la mayor y más grave responsabilidad contraída por Chaves es que ha permitido que Andalucía sea un régimen de corrupción sostenida.

En cualquier caso, ello no hubiera sido posible sin la connivencia de unos ciudadanos que han acostumbrado sus pulmones a respirar el aire viciado de la corrupción con la naturalidad con la que, por ejemplo, los ciudadanos de San Juan del Puerto ya no huelen la pestilencia de la fábrica de celulosa del pueblo o los

vecinos de una refinería se habitúan a su neblina contaminante igual que los londinenses se envuelven en su característica niebla. Precisamente lo que hace más exigible la sustitución de Chaves —su responsabilidad en la podredumbre, por no referirse al clientelismo que le acompaña, rodeándolo todo— es lo que, a la postre, puede garantizar su continuidad hasta que los andaluces sean como esos napolitanos viendo el crepitar de sus basuras sin recoger por los basureros que controla la peor de las corrupciones mafiosas.

EL CAMBIO A LA FUERZA

El congreso federal del PSOE de junio de 2008 produjo una explosión zapaterista con ribetes de auténtico «culto a la personalidad», así como la entronización definitiva de quien aprovechó ese estado de exaltación para amortizar el tácito pacto de servidumbre que había contraído con relevantes barones para garantizarse una transición pacífica desde el felipismo en momentos de fuertes turbulencias en los que su liderazgo desprendía una fragilidad manifiesta. Una vez concluido el cónclave federal, con la postiza prórroga del congreso de Granada del PSOE andaluz de este fin de semana, el presidente Chaves se aboca al dilema, cuya resolución viene demorando, de su sucesión en la Presidencia de la Junta de Andalucía. Por eso, el lema de la convención federal socialista —«La fuerza del cambio»— puede acabar derivando en Andalucía en «El cambio a la fuerza».

Tras dieciocho años al frente de la misma, o bien organiza su salida con un calendario bien preciso, como Bono en Castilla-La Mancha en 2004, o bien se la disponen sin más dilación desde Madrid, como a Rodríguez Ibarra, aunque luego —llegado el momento— se vista de previsor a decisión voluntaria lo que a todas luces resulta una imposición. Hasta tanto, en cada insistencia de Chaves en que no se marcha, habrá de verse una prueba de de-

bilidad y de lo perentorio de su relevo, como lo acredita el hecho de que, desde las elecciones para acá, lo haya repetido ya más veces —casi hasta la extenuación— como nunca precisó hacerlo antes. Mientras, cuando le preguntan a Zapatero si se presentará a unas terceras elecciones, se limita a decir que ya se verá, y nadie le da mayor relevancia al asunto de lo firme y seguro que lo ven. Como acostumbra a suceder en el baloncesto, deporte al que tan aficionado fue Chaves en su juventud, todo lo que se hable ahora sobre su marcha no servirá de nada hasta que se alcance el último y decisivo cuarto.

Cuando en septiembre de 2006, reestablecido del infarto de miocardio que le dejó malherido tras aquella cena en la Moncloa que derivó en trifulca socialista a cuenta del Estatuto catalán, el presidente extremeño se reunió con Zapatero para decirle con la boca chica que se iba, se encontró con que le tomaba la palabra sobre la marcha y de rebote le preguntaba: «¿Tienes ya pensado sustituto?». No le hizo otra concesión que decirle que, si ya tenía pensado quien podía relevarle —en efecto, le dio el nombre de su consejero de Sanidad, Guillermo Fernández Vara—, sería también, sin dudar, su candidato.

Meses después, en el transcurso de un almuerzo-coloquio, Ibarra admitiría lo evidente, esto es, que había sido apartado del cargo, por muchos que fueran sus deseos de retomar su puesto de profesor de Filosofía y Letras tras veinticuatro años como presidente. Curiosamente, en la biografía oficial de Chaves, sigue figurando una coletilla parecida. «Cuando abandone la política —se lee en la página de la Junta de Andalucía en la red— le gustaría volver a su plaza de profesor de Derecho en la Universidad de Córdoba y participar en la formación de las nuevas generaciones, algo que considera de gran valor para una sociedad moderna». Pues tendría que hacerlo como emérito, dado que la edad de jubilación le va a llegar en el Palacio de San Telmo, si es que acaban las escurialenses obras de rehabilitación.

Con absoluta normalidad, y sin reparar en los problemas de salud que supuestamente le habían llevado a dimitir, Ibarra aclaró que el proceso emprendido por Zapatero es «tan profundo e

intenso que hubiera sido sencillamente un suicidio hacerlo con los barones al viejo estilo». De ahí el proceso de rejuvenecimiento compulsivo que ha llevado a alejar de los centros de decisión a quienes frisan los cincuenta y a rodearse de una joven guardia que, sin memoria ni experiencia, sin formación ni escrúpulo, sea capaz de acatar con fe ciega los postulados de la revolución zapaterista que, salvando las distancias, recuerda a aquella «Revolución Cultural» de Mao que le sirvió para depurar a quienes acusaba de traicionar los ideales revolucionarios. Purgada la clase intelectual y dirigente, el maoísmo rediseñó los planes educativos primando los valores ideológicos sobre las materias científicas y humanísticas, lo que condenó a una generación entera de jóvenes a la mera repetición de lemas revolucionarios y al país al subdesarrollo.

Si algo ha puesto de manifiesto el congreso de «la fuerza del cambio» y se ha constatado en la configuración de la nueva dirección, es que el zapaterismo no conoce ya ningún territorio exento, como lo venían siendo Cataluña y Andalucía. En el primer caso, el derribo de Maragall —tras ser decisivo en su elección como nuevo secretario general— fue prueba patente del desembarco en el PSC, donde el líder socialista ha tomado la cautela añadida de tenerle incluso preparada una sustituta a Montilla, como sería la ministra de Defensa, Carmen Chacón; en Andalucía, está a punto de ocurrir otro tanto, comenzando a percibirse esa presencia zapaterista en las proximidades de Despeñaperros, tras ocho años de cohabitación obligada con un tardofelipismo que se ha bunkerizado por estos pagos y de transigir con la persecución de quienes secundaron desde primera hora la aventura incierta de la «Nueva Vía». Parece haber acabado aquello de un partido y dos sistemas.

Habiendo hecho Chaves un coto vedado de Andalucía, esos zapateristas primerizos —ahora ya lo son todos, obviamente— han corrido peor suerte que los lince de Doñana, siendo condenados al ostracismo. El abandono consentido de Zapatero de su vanguardia andaluza, sabedor de que detrás de Chaves estaba González y no era cuestión de abrir más frentes con tantos otros

como amenazaban devorarlo, hizo que aquellos pioneros arrojaran la toalla, hartos de la humillaciones y ensañamientos por parte de la dirección felipista del PSOE andaluz. Mas allá de que mantenga honorariamente la presidencia del partido, en reconocimiento a los trienios que acumula y disimular el movimiento sísmico, es evidente que Andalucía pierde poder en la dirección. Además de ceder el teórico número tres, ha sido nombrada secretaria de Política Institucional no a quien hubiera querido Chaves, sino a quien Zapatero ha dispuesto, como ha sido María del Mar Moreno, expresidenta del Parlamento y ni cien días consejera de Política Territorial. Si Chaves hubiera pensado en ella para ese alto cargo orgánico, es meridianamente claro que no la hubiera nombrado consejera para, a las pocas semanas, remodelar precipitadamente su gabinete y hacer saltar al terreno de juego a un suplente que lo mismo sirve para un roto que para un descosido con tal de no apearse del coche oficial. No parece probable que Chaves hubiera manejado el nombre de Zarrías para ese puesto, salvo como gesto de provocación.

María del Mar Moreno no lo tendrá fácil en su nueva responsabilidad en la que debe conciliar su obediencia a Zapatero y evitarse malos tragos como los que padeció en 2000, cuando fue nombrada vicesecretaria general del PSOE andaluz por Chaves —a modo de injerto zapaterista que sirviera de rejuvenecimiento al tardofelipismo— sin que pudiera ejercer de número dos, emparejada entre el secretario de Organización, Luis Pizarro, y los hombres fuertes del partido en Sevilla, José Caballos, a la sazón portavoz parlamentario, y en Jaén, Gaspar Zarrías, consejero de Propaganda. Por si fuera poco, el propio Chaves alentó las especulaciones sobre su eventual sucesión por parte de la propia Moreno y a continuación, al modo de González cada vez que se decía cansado como caballo harto de competir, hizo explotar de manera estruendosa el globo que él mismo había inflado. Haciendo de ella un jarrón chino, Chaves la expuso en la Presidencia del Parlamento andaluz, donde María del Mar Moreno estuvo cuatro años prácticamente sabáticos reflexionando sobre el ser y la existencia, además de otros amenes, como la escritura de alguna

novela. Entre tanto, Chaves se ha ido enrocando, blindándose y haciendo imposible una sucesión que, si por él fuera, no se produciría hasta que perdiera las elecciones, como González en el 96 o Fraga en Galicia en junio de 2005. Pero eso es precisamente a lo que no parece dispuesto Zapatero, especialmente sensible al fantasma de Fraga, cuando un descuajaringado PP tras la imprevista derrota del 14-M de 2004 fue incapaz de colocar al «León de Villalba» ante la evidencia de su ocaso y que, creyéndose Adenauer, pensara que iba a ser reelegido con 85 años. Quizá anhelaba ser como aquel nonagenario presidente dominicano, Joaquín Balaguer, al que, ciego y enfermo, alzaban a la tribuna de los mítines para que diera sus discursos electorales. Aquel gobernante, quien llegó a admitir que «la corrupción era tan grande que sólo se detenía ante la puerta de su despacho», recurría a lemas de campaña tan expresivo como «Lo que diga Balaguer», algo que aquí comparten al alimón el *manolitismo* político de Chaves o el futbolístico de Lopera, el dueño del Betis desde 1992.

Una vez constatado el desgaste apreciable de Chaves en las elecciones de 2008, la dirección federal le urge a que diseñe una sucesión ordenada, de tal manera que su declive no suponga el de un partido que ha cambiado cuatro veces de presidente en Andalucía, sin que se resienta su mayoritario apoyo electoral. Pero no se van a dejar fácilmente persuadir ni Chaves ni sus pretorianos, sabedores estos de que el cambio pasaría inevitablemente por la sustitución de gran parte de esa vieja guardia. Paradójicamente, Chaves muestra ahora mayores resistencias aún que las que puso para retornar a Andalucía. De ahí que quien aspira a sucederse a sí mismo empiece a acostumbrar sus oídos a loas como la consejera de Gobernación, Clara Aguilera, que tan satisfecha está de formar parte del Gobierno andaluz que ha declarado sin rubor que le gustaría que Chaves fuera eterno. Un político para la eternidad como si se tratara del mismísimo Tomás Moro, pero Zapatero sólo cree en la santa laicidad y no sería capaz de concebir otra canonización que la propia.

EL BOSTEZO ANDALUZ

Cuando Maragall dejó la Alcaldía de la Barcelona olímpica para concurrir a las elecciones catalanas de 1999, se rodeó de un audaz y dispuesto equipo de campaña que le permitió ganar aquellos disputadísimos comicios en votos, aunque no en escaños, lo cual a la postre le permitió a Pujol alcanzar los 23 años como presidente catalán y celebrar su 73 cumpleaños como inquilino del Palacio de la *Generalitat* hasta su reglamentaria jubilación. Del desparpajo y la osadía de esos creativos publicitarios surgió el cartel que aún cuelga del despacho de Maragall como el recuerdo de la batalla heroicamente librada contra un adversario con escuela. Allí se fotografía con la contundencia de un grito el bostezo de un niño frente a las siglas de CIU.

Difícilmente el aspirante socialista habría expresado mejor con palabras y discursos el agotamiento de su rival, exhibido como un limón exprimido que ya dio de sí todo lo que tuvo una vez de bueno dentro de su rígida corteza de combativo nacionalista capaz de sembrar de pasquines el patio de butacas de El Liceo, con ocasión de una visita del general Franco, abriéndole las puertas del presidio carcelario, sin cerrarle las de Banca Catalana.

Mirando tan expresivo bostezo enmarcado, no hay que ser especialmente imaginativos o fantasiosos para comprobar sus inequívocas similitudes con el tiempo estático de la política andaluza. Bastaría con cambiar las siglas que aparecen frente a ese niño que trata de desperezarse de la tediosa monotonía que lo convierte todo en fácilmente previsible y rutinario. Esa desgana recuerda el paso de las acémilas sonámbulas que giran ciegamente alrededor de los cangilones de la noria, sin que ni siquiera la vocinglería les saque de su ensimismada abulia. No puede ser de otra manera. Al fin y al cabo, son treinta años de nada de socialismo en Andalucía, sin que su larga hegemonía se vea afectada por oscilaciones o altibajos electorales, gracias a ese seguro de salvaguarda, de esa minoría de bloqueo, que rige en Andalucía y que complica cualquier alternativa de cambio. Ese es el servicio

primordial que el PA ha garantizado al PSOE estos años, con sus irreversibles perjuicios por una gobernabilidad entendida en exclusivo provecho propio y cortedad de miras.

Pero el mal, lejos de curarse, se agrava y se extiende contagiándose. Así Izquierda Unida, arrumbando su pasado y renegando del legado de Anguita, se pliega a la condición de meritorio que ansía el lugar de privilegio del PA, cuya inquietud crece en proporción directa al modo en que se eleva el zumbido ensordecedor de los moscardones rivales que, en su excitación, disponen su aguijón para aprovecharse del menor descuido y desplazar a sus competidores del reparto de prebendas.

Ambas minorías, cada vez más enclenques y enflaquecidas, han renunciado a ser proyectos alternativos al PSOE y a competir con su adversario, adoptando una actitud parasitaria que les permita disponer de plazas suficientes en la pedrea del reparto de cargos con las que asistir y contentar a dirigentes y cuadros políticos.

Puestos en la tesitura de enfrentarse al PSOE o unirse a él, el PA primero y luego IU han ido sucumbiendo, claudicando de sus ideas y proyectos, para disponer de la cuchara que les permita servirse del caldero del poder. Y más cuando saben, al haberlo padecido en sus propias carnes, de la enorme capacidad que tiene el PSOE, con la munificencia del poder, para captar al disidente ajeno y atraerse a quienes flaquean cuando arrecia el frío de la adversidad y no hay mantas suficientes en el arcón.

Con este panorama, y sin más bagaje que el que, de prisa y corriendo, improvisa forzando la actividad de un Parlamento que ha tenido al ralentí, entretenido en fruslerías y bagatelas, un Chaves cada día más agotado y sin ideas consume legislaturas como presidente de la Junta sumando trienios como único superviviente de aquella joven estirpe del cambio que se probó su primera corbata para asumir un relevo generacional sin precedentes.